

APACHITA 4

OCTUBRE 2005

BOLETÍN DEL GRUPO DE ARQUEOLOGÍA. ERNESTO SALAZAR, EDITOR.



Grupo de Arqueología
Escuela de Antropología
Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito

Portada: Huaqueros en el Istmo de Corinto. *The Illustrated London News*, Abril 21, 1887



APACHITA, N° 4, octubre de 2005

Ernesto Salazar, editor

esalazar@puce.edu.ec

Índice

Nuevas autoridades (Editorial)	1
La Arqueología Social Latinoamericana	
<i>Julio Mena</i>	1
Arqueólogos del Tercer Reich	
<i>Jorge Torres Vinuesa</i>	3
Ciudad de la Victoria	
<i>Josefina Vásquez</i>	4
Las catacumbas	
<i>Catherine Lara</i>	6
La Capitana	
<i>Ernesto Salazar</i>	8
Entre huaqueros, políticos y arqueólogos	
<i>Daniela Balanzátegui</i>	10
Novedades arqueológicas	
<i>Editor</i>	11
La imaginería bélica en arqueología	
<i>Luis Vázquez León</i>	12

Editorial

Nuevas autoridades

La PUCE ha comenzado otra etapa de vida académica con la nueva administración liderada por el Dr. Manuel Corrales Pascual, Rector, insigne maestro de esta institución, tanto por su experiencia como por su sólida conciencia universitaria.

Al felicitar a los nuevos administradores y desearles éxito en sus funciones, el Boletín "Apachita" desea expresar la imperiosa necesidad de que la PUCE dé un impulso mayor a la formación de arqueólogos. Ecuador es un país con rico patrimonio precolombino investigado constantemente por profesionales extranjeros que, aunque doctos y competentes, no aportan para la formación de un pensamiento ecuatoriano identificado con sus raíces aborígenes. En realidad, esta es tarea de la arqueología nacional que, lamentablemente, no recibe del estado la atención debida para cumplir con este compromiso. Tanto es así que, al presente, la Escuela de Antropología de la PUCE es la única instancia universitaria que forma arqueólogos en el Ecuador. Esta situación debe ser vista por las nuevas autoridades no sólo como un privilegio, sino como una responsabilidad más con el país.

El Grupo de Arqueología está constituido por los estudiantes y los profesores de esta disciplina que, con entusiasmo, tratan de hacer al mal tiempo buena cara, privados de local para hacer prácticas de laboratorio, sin equipo de trabajo, y con absoluta carencia de fondos para ejercer sus actividades investigativas y de divulgación de nuestro pasado precolombino. Recientemente, el Grupo ha conseguido que numerosos colegas de Ciencias Humanas cedan el 25% de sus impuestos para impulsar el funcionamiento de nuestro Laboratorio. Pero también, desde hace varios meses, el Grupo ha solicitado a las autori-

dades la cesión de un local para su funcionamiento, sin lograrlo todavía. Por ello renovamos nuestro pedido a las nuevas autoridades, y agradecemos de antemano ser favorablemente atendidos.



ARQUEOLOGÍA SOCIAL LATINOAMERICANA

Julio Mena Tapia

Entre las escuelas arqueológicas que han surgido en las últimas décadas, cabe resaltar el rol protagónico de la Arqueología Social Latinoamericana (ASL), que surge con un marco teórico marxista, recibiendo gran acogida en todo el continente.

La ASL da sus primeros pasos en Perú, entre 1919 y 1939, con arqueólogos e intelectuales como Luis Valcárcel, Julio Tello, José Mariategui y Víctor Haya, pero su aceptación es más bien tardía, acaso por la persecución y represión ejercida sobre los ideólogos marxistas, y porque la arqueología no se había planteado aún como ciencia social.

Con la publicación de "Marxismo y Sociedades Antiguas" de Roger Bartra (1964), nace un nuevo interés por los lineamientos materialistas en la arqueología latinoamericana, y surgen nuevas figuras en el pensamiento social del continente. Además, a partir

del Congreso de Americanistas de Lima (1970), se empiezan a intercambiar las primeras ideas sobre lo que luego sería la gran teoría social latinoamericana.

En este contexto, se produce en la década de 1970 una proliferación de publicaciones de tendencia marxista, como "La Arqueología como ciencia social (1974)" de L. Lumberas; "Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos (1974)" de Sanoja y Vargas; "Arqueología y Materialismo Histórico (1977)" y "Sociedad, formación económico social y cultura (1978)" de Luis F. Bate; "Fundamentos para una teoría arqueológica (1980)" de Julio Montané, y por cierto la reedición del libro de Bartra (1975).

En esta coyuntura, se forma en 1983 el Grupo de Oaxtepec, cuyo mayor representante es Bate, pero que incluye importantes nombres como los de Lumberas (Perú), Vargas y Sanoja (Venezuela), Veloz Maggiolo (República Dominicana), y otros como Montané, Gándara, Matos, López, Manzanilla, y Díaz-Polanco.

Los puntos básicos de la ASL, recogidos por Bate en su libro "El proceso de investigación en arqueología (1998)", comprenden el rechazo al materialismo mecánico y evolución cultural, por un lado, y a la idea de que los modos de producción se articulan por separado, ya que contradice la idea del materialismo estructural. Además se propone un regreso a los clásicos materialistas (Marx y Engels, principalmente), y la conexión indisoluble entre teoría, metodología y técnicas. Por último se establece definitivamente a la arqueología como ciencia social, y se postula la idea de una historia procesual. Todos estos puntos serán ampliamente desarrollados en los estudios realizados por Bate y por el resto de integrantes de Oaxtepec.

Cabe señalar también que hay notoria influencia del pensamiento de Gordon Childe, especialmente cuando se postula a la historia como algo procesual, ya que uno de

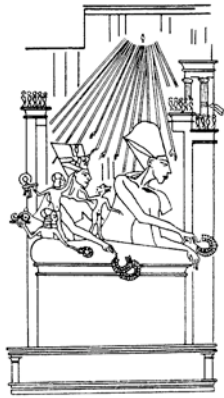
los pioneros en hablar de procesos históricos es este autor.

Bate (1998) señala que "la teoría es, en cada momento y al mismo tiempo, resultado de investigaciones precedentes y punto de partida de las nuevas investigaciones". Por tanto, la teoría, como punto inicial de una investigación, juega un papel muy importante, ya que permite el planteamiento sistemático de los problemas, y al mismo tiempo la planificación de los procedimientos que serán utilizados en la investigación que va a generar nuevos conocimientos y a la vez nuevos planteamientos teóricos.

En la ASL, el planteamiento de lineamientos teóricos debe surgir de nuestras propias realidades, ya que así resulta más fácil dar una interpretación de los datos obtenidos en el campo. La teoría latinoamericana está siempre ligada a su realidad coyuntural, con la oportuna cobertura del marxismo que llegó a la arqueología cuando Latinoamérica necesitaba una reivindicación como productora de teoría.

La producción académica de la ASL es bastante grande y en cierta medida logra reivindicar el pensamiento de nuestro continente, colocándolo en la palestra de las discusiones mundiales en arqueología. Hace falta definir los campos y las realidades sobre las cuales los arqueólogos latinoamericanos están trabajando y de esta misión se está encargando dicha escuela.

Sin embargo, la arqueología social latinoamericana no podrá ser considerada como una teoría nueva, ya que ésta es una aplicación y adaptación de teorías precedentes, como el materialismo histórico de Marx y la ideas de Childe de una arqueología como ciencia social. Lo que es meritorio dentro de esta aplicación teórica es que, en cierta medida, se ha logrado consolidar un corpus metodológico que, por sí solo, entiende muy bien la realidad latinoamericana.



ARQUEÓLOGOS DEL TERCER REICH

Jorge Torres Vinuesa

La historia de las naciones estado modernas contiene capítulos interesantes, en los que la Arqueología ha jugado un papel fundamental. Y en el caso del nacionalismo de algunos países, la búsqueda de identidad cultural convirtió a la arqueología en herramienta política. Por cierto, muchos consideran a la arqueología como ciencia maleable, debido a la facilidad con la cual una ideología puede revestirla de razones conscientes e inconscientes, o peor aún transformar a sus expensas lo irracional en racional.

En la actualidad, hablar de una arqueología nacional-socialista nos compromete a hablar del “enigma nazi”, sancionado por el éxito de las novelas de ficción sobre el tema, y la falta de información. En 1990, al reunificarse Alemania, se dieron a conocer miles

de documentos e informes arqueológicos de la Alemania nazi, en los que se señalan los problemas de tipo ideológico que tuvo que pasar la NASDP, (siglas alemanas del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores) para introducir su “revolución cultural”.

El Instituto Romano Germánico y el Instituto Arqueológico Alemán rechazaban rotundamente las teorías de Kossina, que propugnaban la existencia de un único tronco indo-ario, que descendiendo del Norte habría dado vida a las grandes culturas tradicionales, de la India védica al Irán zoroástrico y de Grecia a Roma. En 1929, Alfred Rosenberg, el ideólogo oficial del NASDP, creó un Departamento de Estudios Arqueológicos, bajo la dirección del arqueólogo Hans Reinhart. Al tomar el poder los Nazis, las instituciones culturales apoyaron al nacional-socialismo expulsando a arqueólogos como Gerhard Bersu y Gero von Merhart, que estaban en contra de las tesis nacional-socialistas.

La arqueología en la Alemania nazi no hubiera sido tan efectiva como herramienta política, sin la propaganda totalitaria. Esta, por supuesto, es diferente de la publicidad de masas. El publicista demuestra a la masa, con evidencias, que su producto es el mejor del mercado. El dictador totalitario, en cambio, es profeta de lo que dice. El publicista no sabe lo que va a pasar después de su campaña, el dictador sí.

Sólo cuando la realidad colapsa, las masas recurren al profeta. “Entonces el pensamiento mítico empieza nuevamente a erigirse y a inundar toda la vida social y cultural del hombre (Cassirer 1947)”. No sorprende, entonces, que la arqueología nazi haya estado inundada de empresas fantásticas, míticas, o “bizarras”, como las han calificado algunos científicos. De hecho, algunos proyectos se concentraron en la búsqueda de

reliquias, como el tesoro del rey Salomón, el Arca de la Alianza, el Santo Grial y la lanza de Longinos (de la que se decía que quien la poseyera se adueñaría del mundo).

El efecto inmediato de la propaganda totalitaria fue la organización social aislada de la realidad, muchas veces en esfuerzos inútiles que requerían el uso de la fuerza. Es conocido que, a la búsqueda de reliquias, acudían contingentes de historiadores, arqueólogos y otros científicos, protegidos por el ejército alemán, para asegurar el éxito de la empresa arqueológica, como se aprecia en la parodia cinematográfica estadounidense de la búsqueda del Santo Grial en “Indiana Jones y la última cruzada”.

Por otro lado, en la práctica arqueológica “normal”, como la de Grecia y Egipto, se nota claramente el cariz totalitario. En efecto, los nazis se adueñaban de los objetos arqueológicos, no como dueños de turno, sino como dueños naturales. Recuérdese, al respecto, a la Nefertiti del Museo Estatal de Berlín, utilizada como expresión acabada de la belleza aria.

En conclusión, la arqueología alemana fue víctima y cómplice del III Reich. Los arqueólogos formaban parte de esa sociedad divorciada de la realidad, y eran al mismo tiempo militantes del nacional-socialismo. Al adueñarse de Europa, los nazis se encargaron de asimilar, no sólo sociedades y naciones, sino también sus mitos y su historia.



CIUDAD DE LA VICTORIA

Josefina Vásquez

La ofensiva permanece visible en Vijayanagara, ciudad de la victoria, conocida como “el más grande y efectivo imperio en la historia precolonial del sur de la India (Sinopoli y Morrison 1995)”. Vijayanagara ocupó el banco sur del río Tungabhadra en la actual *Karnataka* y funcionó como la capital de la ciudad-imperio desde el siglo XIV al XVI (Mack 2003). Una arquitectura monumental y el acceso controlado a santuarios, áreas residenciales de élite, muros y puentes, modelaron la antigua ciudad como espacio sagrado y fortaleza militar, a la vez.

Gimbel (2002) la describe como una ciudadela real fortificada y bordeada por comunidades-templos de una religión centralizada en un área de 20 km². Vijayanagara emergió de la fragmentación de algunos reinos pequeños del sur, a mediados del siglo XIV. Una ocupación continua por monar-

quías dinásticas persistió hasta 1565, época en que la armada de Vijayanagara sufrió una derrota ante estados norteños que obligaron al abandono de la ciudad.

Feinman (2002) define al poder como “una relación desigual entre la gente” y este aserto refleja la perspectiva arqueológica de Vijayanagara por Sinopoli y Morrison. El paisaje del poder se resume en una zona amurallada de arquitectura monumental elitista, en cuyo centro se localiza un cuadrante real, al suroeste del núcleo urbano. Esta manera en que Sinopoli y Morrison elaboran la historia cultural de Vijayanagara esboza un ejemplo arqueológico concreto de la guerra como mecanismo de poder y control sobre la producción y distribución de bienes.

En Vijayanagara, una coalición de distintos cacicazgos logró consenso para gobernar juntos y compartir templos, incorporando nuevos dioses hindúes al panteón de *Vishnu* y *Shiva* y ofreciéndoles sacrificios de prisioneros de guerra. En este caso, la observación de Cohen (1984) encaja adecuadamente: “una vez que la forma de organización estatal emerge, la guerra deviene un aspecto integrativo y esencial de la actividad central del gobierno”. Evidencias arqueológicas y textuales sostienen la existencia de una élite de caciques que mantenía una armada, el control de la producción artesanal y su distribución (intercambio), transporte y tributos. Como bien señalan Sinopoli y Morrison (1995) “las relaciones militares y la alta demanda de bienes de prestigio en la capital y en otros centros urbanos y templos, contribuyeron con cambios significativos en las actividades productivas y la organización socio-política”.

Por otro lado, una población yacía dominada por un militarismo coercitivo y el acatamiento de las reglas religiosas. La materialización del dominio es visible en los puentes, muros y espacios cerrados o fortificados, que revelan la supervisión de los residentes locales. El control de los accesos en toda la

ciudad muestra una evidente actitud defensiva hacia el exterior, mientras al interior, la ciudad regulaba zonas de asentamiento, puestos de especialización artesanal y las tierras cultivables. El control sobre la producción de los campos, los sistemas de irrigación y la utilidad de cocinas industriales para alimentar a la armada y a sus caballos, sugiere que el cuerpo político mantenía un estado de guerra. Las políticas de gran escala de la ciudad-estado y sus reformas ideológicas se concentraban en regular el espacio, el paisaje y la gente, con propósitos económicos. Según Cohen (1984), cuando la guerra significaba acceso a nuevos recursos o el control de nuevas rutas de intercambio, mercados y capacidades productivas, entonces ganaba la guerra.

Los caciques de Vijayanagara invirtieron en el mantenimiento de una organización militar, en lugar de perder bienes aprovechables y tributos del pueblo llano. La ventaja de la localización de Vijayanagara, en el banco del Tungabhadra, dio a sus habitantes, no sólo un escenario estratégico para controlar el tráfico fluvial de importación y exportación, sino una oportunidad para establecer su auge en un imperativo núcleo de intercambio. Sinopoli y Morrison caracterizan a Vijayanagara como un espacio de “producción y reproducción imperial”. En el registro arqueológico, los indicadores iconográficos de la guerra aparecen en criaderos de caballos y elefantes, en escenas de guerreros en acción y en el sacrificio de prisioneros esculpidos alrededor de la ciudad. La función de la guerra afectó la producción de recursos, modificó desigualmente la distribución de bienes y generó una pesada carga ideológica sobre la población. La dimensión de Vijayanagara en población y urbanización permitió levantar un estado sin estrés ambiental. Además, aprovechándose de los suelos fértiles y ribereños, la ciudad-estado anexó artesanos especializados, movilizó población y manejó, tanto

económica como ideológicamente, los recursos, sin afectar al paisaje natural. La función clave de una armada capaz de defender y sostener élites demuestra el rol del prestigio en el comportamiento bélico.



**LAS CATACUMBAS,
TESTIMONIO ARQUITECTÓNICO
DE LA HISTORIA DE PARÍS.
VISITA DEL VERANO 2005**

Catherine Lara

Es difícil permanecer insensible frente a las maravillas arquitectónicas de París. Muchos pero vivos, los monumentos de la ciudad luz son testigos inestimables de su historia, desde las termas de la época galo-romana, la medieval Nuestra Señora de París y los palacios del Renacimiento, hasta las monumentales construcciones realizadas en la reorganización de la capital durante el siglo XIX. Desde antes de la Edad del Hierro, la piedra

fue el material indispensable para expresar la gloria y el encanto de la capital francesa. Pero la fuente de esta piedra no hay que buscarla en famosas canteras, sino en las entrañas de la misma ciudad moderna, las catacumbas. Conocer el origen de este fantástico escenario pétreo requiere del visitante no sólo un viaje subterráneo, sino también un recorrido por la historia de París y sus realizaciones técnicas.

Contrariamente a sus contrapartes romanas, las catacumbas de París, de las cuales un tramo de 1,5 Km. puede aun ser visitado, adquirieron tardíamente su función mortuoria. Originalmente, eran canteras cuya materia prima empezó a ser explotada con el asentamiento de los Romanos en Lutecia (probablemente el actual centro de París), tras la conquista de la Galia por los ejércitos de Julio César (58-51 a.C.). Las canteras alimentaron el desarrollo urbano de la ciudad, como lo atestiguan las termas de Cluny, elemento típico de la arquitectura romana. La piedra de las canteras parisienses era también usada en la elaboración de sarcófagos, introducidos por el ocupante romano. A pesar del reducido registro arquitectónico que se ha conservado, es de suponer que la explotación de las canteras se realizó en gran escala, puesto que Lutecia era la capital romana de la Galia y como tal, requería de una arquitectura monumental digna del imperio.

El uso de las canteras se prolongó durante la Edad Media, como lo ilustran los cimientos de la famosa catedral de Nuestra Señora y las distintas obras realizadas durante el reino de Felipe Augusto (siglo XII), especialmente las fortificaciones de París. En el siglo XVI todavía hubo que recurrir a la piedra del sector de las catacumbas para la construcción del Palacio de los Tejares (siglo XVI). El hecho de hallarse la materia prima dentro de la misma ciudad facilitó la realización continuada de los proyectos arquitectónicos de la capital.

No obstante, en 1813, se decidió la clausura de las canteras, dado que la explotación masiva de la piedra había provocado, en ciertos lugares, el debilitamiento del suelo, ocasionando derrumbes de casas en la superficie, e inclusive desmoronamientos en el interior mismo de las canteras. Pero poco tiempo antes de su clausura, las canteras ya habían adquirido una nueva función, la de catacumbas modernas. El grave problema sanitario sufrido por París en el siglo XVIII, por la sobrepoblación de los cementerios, llevó a la acumulación de cadáveres insepultos, que puso en riesgo el bienestar de los parisienses. Frente a las quejas de los ciudadanos, no se halló mejor alternativa que la de enterrar a los difuntos en las canteras cuya explotación había sido prácticamente completada. Ahí descansaron por un tiempo los restos de La Fontaine, del famoso Hombre de la Máscara de Hierro, o de Mme. De Pompadour, amante de Luis XV, los mismos que eventualmente fueron reubicados en los distintos cementerios de la ciudad. Esta escasez de espacios mortuorios se acentuó en el transcurso del siglo XVIII, a lo largo del cual los cadáveres fueron masiva y desordenadamente depositados en las canteras. El lugar también sirvió de refugio para algunos fugitivos durante la tormentosa época revolucionaria. En el siglo XIX, transformadas ya integralmente en sitios de enterramiento, las catacumbas fueron bendecidas, luego de haberse adecuadamente dispuesto las dispersas osamentas. Con los huesos y los cráneos ordenadamente apilados, se llegó inclusive a conformar ensamblajes geométricos. Se colocaron también láminas pétreas con diversas máximas labradas y epitafios de autores famosos, en una necrópolis cuyo extraño y oscuro ambiente provoca una curiosa sensación de proximidad con la muerte. Difícil no imaginar las vidas de tantos individuos sin nombre, testigos de siglos de historia y de tragedias humanas.

Más allá de estas nostálgicas consideraciones, y desde un punto de vista más técnico, las catacumbas ofrecen interesantes indicios «arqueológicos» acerca de la historia de la explotación y la organización de las canteras. El material extraído era generalmente piedra caliza, yeso y arcilla. La piedra caliza fue usada para la construcción, mientras que el yeso era usado en la elaboración de sarcófagos, y la arcilla, en la de tejas y ladrillos. Se tienen pocas evidencias de la explotación galo-romana, fuera de las huellas dejadas por rejillas de tamizar. Existe información más detallada acerca de las técnicas empleadas en la Edad Media, especialmente en el siglo XV. Se conoce, por ejemplo, los dos métodos empleados en la consolidación de las paredes de las canteras: el llamado «método de mampostería en seco», y el de rellenos. La técnica de mampostería en seco consistía en la instalación de muros que sostenían a los rellenos para evitar los derrumbes. Los rellenos se componían esencialmente de los residuos de la explotación de la cantera, dispuestos en forma de pilares de sección circular y pilares en forma de brazo. Si los primeros se formaban naturalmente, a partir de la extracción del material de la pared, los segundos estaban constituidos por bloques apilados de manera a calzar el techo de la cantera. Más recientemente, con el abandono de la explotación, esta última técnica fue reemplazada por la de la «campana de socavón», a partir de la cual las oquedades de la cantera son estabilizadas con rellenos de hormigón, a fin de evitar el desmoronamiento de las capas superiores del suelo, esencialmente compuestas por arenas y margas.

Ironía de la historia quizá, las antiguas canteras parisienses, testigos de la gloria técnica y artística del ser humano, acogen ahora sus cenizas...



LA CAPITANA

Ernesto Salazar

El 18 de octubre de 1654, salieron del Callao rumbo a Panamá dos galeones de la Real Armada del Sur, el “San Francisco Solano”, nave Almiranta, bajo el mando de Francisco de Sosa, y el “Jesús María de la Limpia Concepción de Nuestra Señora”, nave Capitana, bajo el mando de Bernardo de Campos. Les acompañaban dos veloces chinchorros, útiles para atender despachos entre galeones o para hacer reconocimientos cortos. Lamentablemente, una semana después, la Capitana encalló cerca de la costa de Chanduy, Ecuador, y se hundió con su cargamento. Y lo que es peor, Francisco de Sosa se negó a recibir en su galeón a los naufragos de la Capitana.

Valga aclarar que los barcos de guerra no podían llevar mercancías, a menos que fueran rescates de barcos perdidos. Sin embargo, en la práctica todos llevaban contrabando, cuyo peso a veces no les permitía maniobrar con rapidez. Como no podía ser de otra manera, ambos galeones iban repletos de plata legal y de contrabando. Sólo de la Capitana se conoce que llevaba 3 millones de pesos “registrados” y 7 millones no registrados.

Además, 11000 jarras de vino chileno, 4000 bloques grandes de sal, 2000 sacos de harina de 50 lbs. cada uno, abundante plata labrada, 12000 fardos de lana de vicuña, todo ello camuflando en las bodegas el cargamento ilegal de plata.

Las noticias del naufragio viajaron con celeridad. El virrey de Lima ordenó reclutar todos los hombres-rana de Callao y alrededores y pidió el mejor barco para transportarlos a Chanduy. Pedro Carrillo, presidente de la Audiencia de Panamá, envió a la brevedad posible 2 chinchorros con docenas de hombres-rana y equipo de salvataje. Personal similar acudió al sitio del naufragio desde Guayaquil. El rescate en sí fue digno de una novela de Sandokán. Todo el mundo trataba de esconder algún doblón o de enviar subrepticamente a tierra una pequeña carga de botín. Se dice que no menos de 60 tripulantes de la Capitana se esfumaron por tierras de la Península de Santa Elena, con un total de un millón de pesos. Al final, el tesoro recuperado oficialmente (1.870.525 pesos) fue enviado a Panamá y Cartagena, de donde partió en 1656 a España en la Almiranta “Nuestra Señora de las Maravillas”, sin llegar jamás a su destino, porque el galeón se hundió, fuera de las costas de Florida.

Trecientos cincuenta años después, un grupo no menos santo de buzos modernos ubicó a la Capitana y procedió al rescate de lo que quedaba, esta vez bajo una capa de sedimentos de 1-1.50 m. de espesor. La historia comienza con tres concesiones de mar otorgadas por el estado ecuatoriano a tres firmas de buscadores de tesoros, todas tras el mismo galeón. Un día, un buzo de una de las concesionarias, cansado de no encontrar nada en su territorio, se aventuró en la concesión adyacente y descubrió a la Capitana. Nadie sabe qué sucedió en el tiempo que pasó hasta que la concesionaria “suertuda” se enterara del hallazgo en sus aguas. Al fin hubo acuerdo, y las firmas Maritime Explorations y Sub-

América Discoveries comenzaron el largo y tortuoso trámite de obtener permisos del gobierno ecuatoriano.

El gerente de la primera, Dave Horner, publicó hace seis años, un interesante libro (*Shipwreck, a saga of sea tragedy and sunken treasure*) sobre las peripecias legales y marítimas del rescate, cuidando de enfatizar la claridad de sus procedimientos. Sería interesante conocer la versión del Instituto de Patrimonio Cultural, que actuó de representante del estado en esta empresa. Porque, al fin de cuentas, los buscadores del tesoro subieron a superficie un ridículo botín, que fue luego repartido mitad mitad con el estado. Horner no da un recuento pormenorizado de los hallazgos; pero señala que a Ecuador le tocó un diminuto crucifijo de oro, un arete, barras de plata, balas de cañón, vajilla de plata, mayólica, cerámica, y (el único ítem categorizado numéricamente) 2559 monedas de plata. Ítems semejantes a este lote y un número igual de monedas fueron al grupo asociado de buscadores. Supongo que estas personas habrán honrado la tradición de reparto de la Capitana, y considerando además que Horner habla de “su grupo” y del “grupo ecuatoriano”, estimo que habría no menos de 50 personas elegibles para el reparto. Lo que significa no más de 50 monedas españolas en sus bolsillos!!!

Los silencios siempre traen dudas y dan pábulo a la imaginación. Nadie sabía, por ejemplo, a cuánto equivalía en dinero contemporáneo el botín rescatado. Los ecuatorianos por poco veían en la Capitana el pago completo de su deuda externa. Los bolivianos también hicieron algo de ruido reclamando alguna migaja de los USD 7.000 millones de la Capitana (diario El Potosí, 2005)!!! Y el movimiento indígena Tahuantinsuyu de Cochabamba pidió el regreso del tesoro (en cálculo de solo USD 2.000 millones), aunque sea convertido en un donativo de maquinarias para construcción de vivien-

das. Lamentablemente, hicieron el reclamo al gobierno de... Noruega, que al parecer ignoró el asunto (Semanao Liberación, 2002).

Talvez lo más extraordinario de la historia de la Capitana es el relato de viaje del Padre Diego Portichuelo de Rivadeneira, encontrado en España por los investigadores de Horner. El Padre Diego viajó en la flota del tesoro y presencié el hundimiento de la Capitana. Algunos meses después, abordó el “Nuestra Señora de las Maravillas”, de cuyo naufragio logró sobrevivir asido a un palo que flotaba en las olas. Recuperado de la tragedia, tomó un barco que iba a España y al llegar cerca de Cádiz fue cañoneado por los ingleses, tomado prisionero y finalmente liberado con pago de rescate. Poco después, volvió a Lima, donde el capítulo catedralicio lo relegó, injustamente (el Padre Diego había hecho su fatídico viaje nada menos que para conseguir en España plata para las torres de la Catedral). Desesperado regresó a España, indocumentado, y apenas logró entrar en su país por influencias de amigos de la metrópoli. Luego retornaría otra vez a Lima con algún privilegio, siendo nuevamente ignorado por la Catedral. Angustiado o enloquecido, renuncia a su ministerio regular y entra en la orden de los Agustinos, muriendo finalmente en 1678 a la edad de 64 años. ¡Que karma el de este hombre que solo quería servir a su rey y a su Iglesia! Queda solo averiguar si el buen Dios le estaba castigando por algún pecadillo oculto, o solo probándole para fortalecer su fe.



ENTRE HUAQUEROS, POLÍTICOS Y ARQUEÓLOGOS

Daniela Balanzátegui

“Cuando busca oro, tiene que ir bien preparado, pala y pico primerito, con una buena botella de puntas, y una pistola para espantar a las almitas”. Informante local de Chimborazo.

La extracción ilícita de piezas arqueológicas se ha convertido en un negocio productivo en nuestro país. Es así como se encabezan los distintos reportes que nos ofrece uno de los diarios más prestigiosos del país. Desde mediados de marzo, “El Comercio” ha realizado un seguimiento de los acontecimientos en Guano, provincia de Chimborazo, donde está ocurriendo una destrucción masiva de nuestro patrimonio arqueológico. Este es un caso más que muestra que

esta ocupación ha resurgido con fuerza en el país.

Gracias a la curiosidad, investigación y descubrimientos de anticuarios y buscadores de tesoros, se desarrollaron las primeras raíces de la Arqueología. En el Ecuador, nuestros primeros arqueólogos estaban inmersos en este interés coleccionista, aunque hay que reconocer que, al menos, intentaron darle un sentido teórico a sus hallazgos. Sin embargo, esto no quita que, desde principios de siglo hasta el presente, la pseudoarqueología y la huaquería hayan sido los ingredientes más sobresalientes de la actividad arqueológica en el país.

Buscar, en la ambición y la codicia, las razones por las que la gente de Guano se ha dedicado al saqueo de su pasado aborígen, sería olvidar el contexto en que se desarrolla la huaquería. Con agricultura y comercio precarios, la comunidad apenas subsiste, sin mayor futuro. Es así como los Meléndez, propietarios de un terreno incultivable, han tratado de “sacar algún provecho” del mismo, excavando tumbas precolombinas. Desde marzo del presente año, en Alacao y su región se han obtenido 150 kilos de oro, un ajuar completo puruhá y un centenar de vasijas. Los compradores varían entre joyerías locales y provinciales, y coleccionistas nacionales y extranjeros.

El Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, de acuerdo con los reportes casi diarios de la prensa, ha actuado de forma “mediática”, por decirlo de alguna manera. Primero acudió al lugar con una propuesta de “rescate de patrimonio”, misión que se ha llevado a cabo con intervención de las autoridades y con un programa de investigación de la zona que, hasta el momento, no se presenta con objetivos claros. Se ha ubicado a los culpables, se ha detenido a unos cuantos comerciantes de antigüedades y huaqueros, y se ha trasladado lo que se ha podido recuperar a un museo de la provincia. Luego de

una “limpieza de la zona” (vaya uno a saber lo que esto significa !!!) se ha enviado un arqueólogo con su cuerpo técnico para excavar, sin mayor discriminación, en pos del “rescate” requerido por la ley. En este proceso se ha anunciado que, por falta de recursos, se acudirá a las universidades para que presen su contingente científico, pero hasta el momento no se ve participación alguna de la comunidad académica.

Tal vez la respuesta a estos repetidos errores sería que no tenemos en el país un manual de cómo proceder en casos de extracción ilícita, y que no hay suficiente presupuesto para atender estas eventualidades, cada vez más frecuentes. Sin embargo, hay que reconocer también la falla de todo el sistema burocrático del Instituto de Patrimonio, que carece de planes a largo plazo.

La utopía estudiantil de una investigación intensa y continua en todo el país, que ponga traba definitiva a iniciativas locales clandestinas, se junta a la necesidad de disponer de políticas que amplien la perspectiva de las comunidades y de la sociedad ecuatoriana sobre la identidad cultural y su deber de defenderla protegiendo lo que nos queda del pasado. Sin embargo, despertamos y nos damos cuenta de que vivimos en el país de los huaqueros, la burocracia y los pseudo-arqueólogos.

NOVEDADES ARQUEOLÓGICAS

En junio de 2005, Florencio Delgado llevó a cabo la tercera temporada del proyecto arqueológico Valles Interiores de Manabí con la Escuela de Campo de Arqueología (SAFS) en Agua Blanca. El objetivo de este año fue entender la organización de los barrios alrededor del centro en Agua Blanca, durante el período manteño.

Tamara Bray (Wayne State University) realizó un reconocimiento arqueológico en busca de mitimáes precolombinos en la zona de San Agustín del Callo, Cotopaxi.

Karen Stothert y César Veintimilla, entre otros arqueólogos, formaron parte del equipo de arqueología y paleoecología que intenta datar las migraciones amerindias pre-europeas al archipiélago de Galápagos. Los arqueólogos re-excavaron los sitios descubiertos por Heyerdahl y Skjolsvold en 1953.

Dennis Ogburn (University of California) realizó una breve estadía en la Sierra meridional del país, con el objeto de continuar sus investigaciones sobre la presencia inca en la región.

El Proyecto *Chilmá: Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de un Pueblo Pasto*, auspiciado por el Gobierno Provincial del Carchi, en convenio con la PUCE, se está desarrollando con nuestros estudiantes en el marco del Taller de Arqueología, bajo la dirección de los Profesores Josefina Vásquez y Cristóbal Landázuri, de la Escuela de Antropología. Se han iniciado ya los trabajos de prospección arqueológica, y en pocos meses, se investigarán los archivos de Ibarra y Tulcán, en busca de información documental para completar el proyecto arqueológico

El número 2 de la *Revista Sudamericana de Arqueología* está ya en circulación con artículos sobre Bolivia y Brasil y una interesante biografía académica de Alberto Rex González.

Así mismo, está ya circulando *Antropología. Cuadernos de Investigación*, número 6, la revista de nuestra Escuela, en grueso volumen, con artículos de Profesores y estudiantes.



LA IMAGINERÍA BÉLICA EN ARQUEOLOGÍA

Luis Vázquez León

En una publicación reciente, el autor hace una incursión lingüística en las peculiaridades del lenguaje arqueológico, en las que se percibe un cariz militar o guerrero. Hay una variedad de explicaciones para esta situación, que va desde la formación militar de algunos arqueólogos del pasado hasta el carácter coercitivo de ciertas instituciones culturales. Apachita ofrece a los lectores algunos “descubrimientos” del autor. *Nota del Editor.*

1. Educar arqueólogos es como ingresar a un grupo de guerreros.
2. En conservación patrimonial, la sociedad es el enemigo a vencer.
3. El Patrimonio Cultural está sitiado por intereses privados.
4. El sitio arqueológico ha sido saqueado con anticipación.
5. Hemos liberado la estructura del escombro.

6. La excavación extensiva comprende seis frentes.

7. Disponemos de un campamento para resguardo de materiales.

8. La logística del proyecto requiere estas medidas.

9. La posición teórica consta de ontología, valores y método.

10. Las rebeliones académicas son normales entre nosotros.

11. Las grandes excavaciones demandan estrategias especiales.

12. La zona arqueológica carece de resolución presidencial.

13. En la cadena de mando del proyecto hay tres responsables.

14. La jefatura del proyecto recae en quien tiene permiso del Consejo.

15. Se han practicado calas, pozos y trincheras.

16. El INAH recurre a la ocupación pacífica de propiedades.

17. La sección de arqueología se reúne el jueves próximo.

18. Entre los enemigos míos se encuentran estos: ...

19. Informe de la primera campaña de excavación.

20. La intervención física en la zona arqueológica concluyó.

Tomado de “*El leviatán arqueológico*”, 2003, p. 199. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.